

Sobre la fortuna del P. Feijoo en el Brasil

por ENRIQUE MARTINEZ LOPEZ

Profesor de la Universidad de California

«Aunque a todas las naciones han debido bastante aceptación mis escritos, a ninguna tanta como a la portuguesa. Testimonio de esto es el grande consumo, que se hizo, y hace de mis libros en Portugal», escribía Feijoo a doña María Bárbara de Portugal, reina de España, dedicándole el tomo cuarto (1753) de sus *Cartas eruditas y curiosas*. Y añadía que tal favor acaso se debiera al hecho de «equivocar los portugueses la qualidad de vecino con la de paysano».¹ Pues siendo él gallego —dice—, «me consideran los señores portugueses como medio compatriota suyo, y suple la pasión, lo que falta a la justicia».² Cierta imitación del genio portugués veía también Feijoo —y con señorial altanería—³ en su propio rumbo literario, animado, como los navegantes lusitanos,

«de aquel genio, digo, cuyo elástico impulso naturalmente rompe azia empresas altas, y peligrosas: de aquel orgullo arrogante, que, no ca-

1. Para las *Cartas* utilizo la ed. de Blas Román, impresor de la Real Academia de Derecho Español y Público, Madrid, 1781, 5 vols.

2. *Cartas*, III (1750), «Carta séptima. Sobre la impugnación de un religioso lusitano al autor».

3. Cfr. Juan Marichal, *La voluntad de estilo*, Barcelona, 1957, cap. VII.

biendo dentro de todo el mundo conocido, se ensanchó por millares de leguas al Oriente, y al Poniente, a una y otra India» (*Cartas*, IV, introd., página VII).

Como testimonio del aprecio portugués a su obra, cita Feijoo en este prólogo la defensa que el Conde de Ericeira hizo de sus escritos,⁴ así como el índice general que de ellos formó otro lusitano, don Diego de Faro y Vasconcelos.⁵ El hecho de que se necesitara en Portugal un índice de las obras de Feijoo nos puede dar una idea de lo común que sería su lectura, por lo general en español, aunque no faltaron traducciones al portugués.⁶

Sin embargo, no todo fueron plácemes para Feijoo en la nación vecina. Impugnador le salió en fray Bernardino de Santa Rosa, autor de un *Theatro do mundo visível, filosófico, mathemático, etc. ou colóquios varios em tudo género de materias, com as que se representa a fermosura do universo, e se impugnam muitos Discursos do Sapiéntissimo Fr. Benito Jerônimo Feyjóo*, tomo primeiro, Coimbra, Luis Seco Ferreiro, 1743. Al tener noticia de este ataque, el enojo de Feijoo fue un tanto excesivo y ciertamente gratuito, pues sólo sabía del título del libro (cfr. *Cartas*, III, 7). Algunos años después el benedictino gallego se calmó ante el

4. D. Francisco Xavier de Meneses (1673-1743), IV Conde de Ericeira, murió sin concluir tal apología, que quedó inédita entre sus manuscritos, con el título de *Reflexiones Apologéticas sobre el Theatro Critico, discurriendo sobre cada uno de los Tratados, que comprehenden los nueve Tomos, y los suplementos de la misma Obra del Reverendissimo P. Fr. Benito Feijó, a quien se dirigen*.

5. *Índice general alfabético de las cosas más notables de todo el Theatro Critico Universal, y particular de la tabla de todos los discursos de la misma obra. Dedicado al mismo Autor del Theatro... Obra adquirida de la aplicación más trabajosa de Diego de Faro y Vasconcelos...* Lisboa, Francisco da Silva, 1752.

6. La disertación sobre el «Monstruo bicípite», *Cartas*, I (1742), 6, que ya había salido suelta en Sevilla (1736), corrió en Portugal así: *Curiosa dissertação ou discurso physico-moral sobre o Monstruo de duas cabeças, quatro braços e duas pernas, que na Cidade de Medina Sydonia deo a luz Joanna Gonsalves em 29 de Fevereiro de 1736*, Lisboa, 1737, 4.º, 4h., 23 pp. Palau y Dulcet, en su *Manual*, cita una edición, en Lisboa, por Joseph da Costa Coimbra, 1756, sin indicar en qué lengua, del *Nuevo systema sobre la causa physica de los terremotos...*, publicado también en el Puerto de Santa María, Impr. de la Casa Real de las Cadenas, en el mismo año. En realidad, la edición lisboeta, en español, lleva este título: *El terremoto, y su uso, dictamen del Rmo. P. Mro. Fr. Benito Feijóo... Explorado por el Lic. Juan de Zúñiga, que le dedica al Sr. Conde de Val de Parayso, Secretario de Estado...* (8.º, XII + 60 pp.). Inocencio F. da Silva, en su *Diccionario bibliográfico*, sólo registra esta última, aclarando que fue dedicada a la «erudita e esclarecida Academia Portopolitana» (portuense). De más aliento fue el *Theatro crítico universal, ou discursos varios em todo genero de materias, para desengano de erros communs. Composto na lingua hespanhola, pelo reverendissimo P. M. Fr. Benito Jeronymo Feijóo... Abreviado e traduzido na lingua portugueza*, Coimbra, Real Collegio das Artes, 1746 (vol. I); Lisboa: Antonio da Silva, 1748 (vol. II), versión de Jacinto Onofre e Anta, pseudónimo de fray Antonio Caetano, carmelita calzado, natural de Coimbra, según Barbosa Machado, *Bibl. Lusitana*, IV, 27 b. «É obra de pouca estimação», califica Inocencio, *Diccionario bibliográfico*, VIII, 106. Para la fecha de impresión del vol. II véase nota de A. Salgado junior en su ed. del *Verdadeiro método de estudar* de Luis Antonio Verney, Lisboa, Sá da Costa; 1949-52, III, 160. Sobre otras impugnaciones a Feijoo en Portugal hay datos en Fidelino de Figueiredo, *Espanha. Uma filosofia da sua história e da sua literatura*, São Paulo, Cia. Edit. Nacional, 1943, p. 86, y en Arlindo Monteiro, «A Medicina e a Igreja», *Arquivo de Medicina Legal*, IV, 2, Lisboa, 1926.

convencimiento de gozar de la estimación lusitana, la cual había acogido con «una general displicencia» el ataque de fray Bernardino, hombre al fin «poco instruido en las materias que han sido objeto de mis especulaciones» (*Cartas*, IV, dedic. cit.). Más ilustre contradictor de Feijoo fue Luis Antonio Verney, en su *Verdadeiro método de estudar* (1746), libro que a su vez vino a ser blanco, en 1758, de las burlas del Padre Isla, para quien el arcediano portugués era como «un fray Gerundio de la filosofía».⁷

La popularidad de Feijoo entre los portugueses —dilatada hasta los sefarditas de Amsterdam—⁸ explica su difusión en el Brasil. Ya en 1743 el mejicano José Mariano G. de Elizalde Ita y Parra, ex rector de la Real Universidad de Méjico, había estampado en su aprobación del tomo IV del *Teatro Crítico* que las obras de Feijoo corrían no sólo por Europa,

«sino que extendiéndose hasta los distantísimos términos de la América, en ambos reynos [es decir, la América española y portuguesa], y de la Asia y en las Filipinas, disfrutaban sus individuos el gozar de su hermosura.»⁹

Algunas noticias, entre las escasas referentes a lo que se leía en el Brasil colonial, prueban que esta declaración no es tan exagerada como parece. Así, en 1752, un librero de Vila Rica, Minas Gerais, pedía a Lisboa un ejemplar de la segunda parte de la traducción del *Teatro Crítico* hecha por Antonio Caetano.¹⁰ Poco después el mismo librero solicitaba «a obra de Feijó, Manher crítica, e tudo mais q[ue] he da d[it]a obra, ad[eant]e vai d[it]o» (artíc. cit., p. 193). Y explica con más detalle (página 194):

Tiatro crítico de Feyjó = toda a obra escrita por elle = Antetiatio de Manher à mesma obra = Sarmiento 2 tom. resposta a Manher = Concordata Sallazar à mesma obra = Apologia feita pello mesmo Feyjó em defença da sua obra = 1 tom. de hum Frade trenitario respondendo a Feyjó sobre os exorcismos = tom. 2 Impressos em Coimbra sobre a

7. Cfr. Russell P. Sebold, p. LXXXIII de su introducción al *Fray Gerundio de Campazas*, ed. Clásicos Castellanos, Madrid, 1960.

8. Cfr. *Cartas*, IV, séptima, segunda adición; pp. 102-103, ed. cit.

9. Cfr. A. Millares Carlo, «Feijoo en América», *Cuadernos Americanos*, XV (1944), 139-160.

10. Cfr. Silvio Gabriel Diniz, «Um livreiro em Vila Rica no meado do século XVIII», *Kriterion*, ns. 47-48 (Belo Horizonte, 1959), 180-198. Las cartas del librero aquí reproducidas muestran los títulos de sus pedidos abreviados y frecuentemente sin nombrar al autor. Otras veces sólo se menciona a éste. El autor del artículo se limitó a publicar las cartas sin tratar de identificar las obras consignadas de la relación. En la p. 190 reza *1 Tom. 2a. p. te. de Feyjo abreviado deg. to (sic)*. La última palabra habría que leerla de *j[acinto]*, pues Jacinto Onofre e Anta fue el nombre bajo el cual se publicó esta obra, como hemos referido antes en la nota 6. Seguramente el librero de Minas tenía ya la primera parte (1746); la segunda salió dos años después.

mathematica, resposta taõbem a d[it]a obra = tom. de Cartas do mesmo Feijó = e todas as mais obras q[ue] tiverem sahido do d[it]o Feijó ou contra elle.

Esto es, aparte del *Teatro Crítico*, cuyos ocho tomos y otro de adiciones ya estaban publicados por esta época, y de las *Cartas*, que ya iban por el tercer volumen (1750), el librero de Minas quería el *Anti-theatro crítico* de Salvador José Mañer, Madrid, 1729 (1.ª parte), 1731 (2.ª parte), escrito contra Feijoo; la *Demonstración crítico-apologética del Teatro Crítico Universal* (Madrid, 1732, 2 vols.), de fray Martín Sarmiento, partidario de Feijoo y contradictor de Mañer, y la *Ilustración apologética al primero y segundo tomo del Teatro Crítico Universal...* (Madrid, 1729), del propio Feijoo defendiéndose ante Mañer. El tomo respondiendo a Feijoo sobre los exorcismos debe ser el *Theatro de la verdad o apología de los exorcismos de las criaturas irracionales y de todo género de plagas y por la potestad que hay en la Iglesia para conjurarlos, en respuesta a lo que contra este punto defiende el maestro Feijoo en el t. VIII y nuevamente en el último de su Theatro*,¹¹ Madrid, 1741, de fray Alonso de Rubiños.¹² La mencionada concordata de Salazar es un misterio para mí, a no ser que se trate del *Theatro anticrítico universal sobre las obras del muy reverendo padre maestro Feijoo, del padre maestro Sarmiento y de don Salvador Mañer, en que se empieza con un breve selecto de lo que dice el padre maestro; se reparte la justicia a cada uno de los puntos diferentes que los tres gallardos campeones ventilan entre sí y se convence la verdad crítica, contra los principales asuntos y otras varias opiniones de el Theatro. Para desengaño de errores comunes*, Madrid, 1735, 2 vols., donde se confrontan el *Theatro* de Feijoo con el ataque de Mañer y la defensa de Sarmiento, y que apareció publicado bajo el nombre de Ignacio Armesto y Ossorio, en unos ejemplares, y en otros con el de Joseph Quiroga Somoza y Lossada.¹³ Esa obra contra Feijoo, impresa en Coimbra y cuyo segundo tomo se pide, es, sin duda, la citada anteriormente de fray Bernardino de Santa Rosa; la segunda parte no llegó a salir, porque —si hemos de creer a Feijoo (*Cartas*, IV, dedicatoria, p. VI)— el autor, cuyo intento «era componer, no un solo tomo, sino algunos», se desanimó ante la escasa atención que sus compatriotas dieron a la primera parte.

En el catálogo (hecho alrededor de 1760) de la biblioteca de un Colegio jesuita en Pará, aparece también el citado *Theatro do mundo vi-*

11. Es decir, el *Suplemento del Teatro Crítico*, Madrid, 1740; Cfr. BAE, CXLIII, 499-517.

12. Cfr. apéndice de A. Millares a su selección del *Teatro* en Clásicos Castellanos.

13. Cfr. A. Millares, apéndice cit., p. 72.

sível, de Santa Rosa,¹⁴ y nos consta que el canónigo Luis Vieira da Silva, implicado en la famosa conspiración independista de Minas Gerais (1789), tenía el *Theatro Crítico* en su biblioteca.¹⁵

Libros en torno a Feijoo figuran igualmente en el primer catálogo de biblioteca brasileña impreso en tal país: el *Catálogo dos livros que se achão na Bibliotheca Publica da Cidade da Bahia*, salido del taller de Manuel Antonio da Silva Serva, en Bahía, 1818.¹⁶ Inaugurada esta biblioteca en 1811, antes que la Real, se había formado con los libros de algunos eruditos locales, entre ellos los del Padre Agostinho Gomes,¹⁷ que en el siglo anterior tuvo problemas con las autoridades por su fama y hechos de afrancesado progresista, atento a lo extranjero, lector de Voltaire y aficionado a libros y gacetas de contrabando.¹⁸ Tal vez fueron suyos los libros sobre Feijoo que vienen en el catálogo mencionado: el *Anti-Theatro Crítico* de Mañer (p. 2), así como las respuestas de Feijoo, *Ilustración apologética* (p. 18), y de fray Martín Sarmiento, la *Demonstración crítico-apologética del Theatro Crítico Universal* (p. 12).¹⁹ En la página 30, en fin, se menciona la *Philosophía Scéptica*²⁰ del famoso médico Martín Martínez, cuyas obras, como es sabido, tanta importancia tuvieron en la campaña contra el error emprendida por el padre Feijoo.

Por los datos aquí aducidos se puede observar que en el Brasil se leían con igual interés los escritos de Feijoo y los que surgieron en contra o a su favor. Esto demuestra que allí, como había sucedido en otras partes, la obra del benedictino español debió de encontrar partidarios e impugnadores y, sin duda, encender polémicas para las que venía bien la nutrida bibliografía de apología o censura que había aparecido en la Península. El propio Feijoo había observado ya que (*Cartas*, III, séptima, p. 103)

«...no sólo tienen mucho curso mis escritos, mas también mi nombre hace que tengan alguno los de mis contrarios. Son muchos los que no

14. Cfr. S. Leite, «Uma biblioteca portuguesa no Brasil dos tempos coloniais: Casa da Vigia, Pará», *Brasília*, I (Coimbra, 1942), p. 264; también en su *História da Companhia de Jesus no Brasil*, IV (Rio de Janeiro, 1943), 289, 399-409.

15. Cfr. *Autos de Devassa da Inconfidência Mineira*, Biblioteca Nacional, Rio de Janeiro, 1936, V, 282-290; también *Revista do Instituto Histórico e Geográfico*, LXIV, parte 1.ª, 154-158.

16. He consultado el ejemplar conservado en la Bibliot. Nac. de Rio de Janeiro, de 54 pp., anónimo, sin lugar ni fecha de impresión. Sobre esta obra véase Alexandre dos Passos, *A imprensa no período colonial*, Cadernos de Cultura, Ministério de Educação, Rio de Janeiro, 1952, pp. 33-34.

17. Cfr. Carlos Rizzini, *O livro, o jornal e a tipografia no Brasil*, Kosmos, Rio de Janeiro, 1945, p. 307; Pedro Calmón, *História da literatura bahiana*, Rio de Janeiro, 1949, 2.ª ed., pp. 89-90, 98-100.

18. Véase Ignácio Accioli de Cerqueira e Silva, *Memórias históricas e políticas da provincia da Bahia*, anotadas por Bras do Amaral, Bahía, 1919, III, 140.

19. Estos dos títulos se citan en francés. Hecho extraño, pues no me consta que estas obras se tradujesen a tal idioma.

se contentan con saber lo que dice el P. Feijóo, sino saben también lo que se dice del P. Feijóo, o contra el P. Feijóo.»

Noticias de la admiración de los brasileños por el autor del *Theatro Crítico* quedan en las actas de la bahiana *Academia Brasileira dos Renascidos* (1759), donde se le llama «portento»,²¹ y también en los versos de su predecesora, la *Academia dos Selectos*, de Río de Janeiro, recogidos en el libro *Júbilos da América... Collecção das obras da Academia dos Selectos... Pelo Doutor Manoel Tavares de Sequeira e Sá... Secretario da Academia*, Lisboa, M. Alvares Solano, 1754. Nada más curioso que la boga de Feijoo en esta efímera Academia, una de las últimas guaridas del peor culteranismo brasileño, enemiga militante de la reforma neoclásica.

Así, en unas octavas liminares («Prefação, p. 91 y sigs.), escritas a guisa de manifiesto poético del cónclave por el secretario Manuel Tavares de Siqueira e Sá, se nos anuncian épicas ambiciones camonianas («As armas e os braços santificados...»), una seiscentista y copiosa exhibición de «conceitos relevantes», «epigramas subtis e altisonantes» y, en fin, lo más singular (p. 95): «discursos bem fundados» de «novo Feijó», expresados en insofocables «cultos brados». Los versos —en portugués y castellano— que llenan las trescientas y pico de páginas del libro, dedicado a cantar las glorias del gobernador del Brasil, están a tenor con tan extravagante propósito. En el prefacio de los *Júbilos da América* se informa (pp. 16-17) además que uno de los miembros de la *Academia dos Selectos*, el Dr. Matheus Saraiva, era autor de escritos en los que, «ampliando e reformando o peregrino assumpto do amplissimo *Theatro Crítico Universal*, tomo 7, discurso 2, *movet omnem lapidem*»,²² así como de unos *Desempenhos da Medicina, e Desagravo de seus Profesores*, «em Discursos Criticos, e Anti-Criticos, Apologeticos, Historicos, Medico-Theoricos, e Medico-Pratico, a estímulo do Discurso 5 do tom. I do precitado *Theatro Crítico Universal*».²³

20. *Philosophía Scéptica: extracto de la Física antigua y moderna recopilada en diálogos entre un aristotélico, cartesiano, gasendista y escéptico, para instrucción de la curiosidad española*, Madrid, 1768.

21. Cfr. Alberto Lamago, *A Academia Brazílica dos Renascidos, sua fundação e trabalhos inéditos*, L'Édition d'Art Gaudio, París, 1923, p. 62.

22. Recuérdesse que el citado discurso de Feijoo, *Peregrinaciones de la naturaleza*, trata de las «piedras figuradas» o fósiles.

23. *Op. cit.*, p. 17; se refiere al famoso discurso, nada grato a los médicos, que escribió Feijoo sobre la incertidumbre de la Medicina, titulado *Medicina*. La obra de Saraiva, a juzgar por el título, es una réplica contra Feijoo.

No he podido localizar estos discursos de Saraiva, de quien conozco un *Discurso Ascetico Academico e Critico: qual das virtudes morays politicas seja mais presciza, a prudencia ou a temperança?* y un *Epithome Historico-Academico: foy assumpto a America portugueza mais illustrada*, manuscritos los dos²⁴ y, a pesar de lo que los títulos quieren indicar, con más lastre seiscentista (emblemas, jeroglíficos) que espíritu discernidor a lo Feijoo. De corte parecido debió de ser el *Discurso Critico, Politico e Historico contra a loquacidade vaidosa a favor do silencio prudente*, del joven carioca Feliciano Joaquim de Sousa Nunes, mentor de esta academia y, como ahora se verá, ferviente admirador de Feijoo.²⁵

Mucho más ilustres seguidores del padre Feijoo fueron el paulista Matías Aires da Silva Eça (1705-1763), inserto en las letras lusitanas²⁶ por haber vivido en Portugal, autor de unas excelentes *Reflexões sobre a Vaidade dos homens, ou Discursos Moraes sobre os efeitos da Vaidade* (Lisboa, 1752), y el mencionado Feliciano Joaquim de Sousa Nunes (Río de Janeiro, 1734?-1808?), que escribió, con menos fortuna, otros *Discursos politico-moraes, comprovados com vasta erudição das Divinas, e humanas letras, a fim de desterrar do mundo os vicios mais inveterados, introduzidos, e disimulados* (Lisboa, 1758).

Matías Aires es, como Feijoo, un desengañador. Pero de espíritu muy diferente. Feijoo es optimista, alegre, iluminador. El monje gallego, caballero andante del buen sentido, como le llama Américo Castro,^{26 bis} con una actitud dieciochesca —apoyado en la razón, experiencia y erudición cierta— va desengañando²⁷ a su época de errores y supersticiones («La mayor parte de mi vida he estado lidiando con estas sombras, porque muy temprano comencé a conocer que lo eran», *Teatro*, V, 5, § 2), limpiando todo de sombras, poniendo luz, con una intención benéfica («El que lograrse hacer patente al mundo, no digo todo, la mitad de los

24. Son, respectivamente, los códices 7-3-32 y 7-3-33, conservados en la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro, entre los papeles de la *Academia dos Felizes* (1736-1740), a la cual perteneció Saraiva. El segundo trabajo viene mencionado en el prólogo de los *Júbilos*; p. 16, con el título de *América portugueza Illustrada, e voz Evangélica por S. Thomé em seus Dominios*.

25. Cfr. *Júbilos da América*, prefacio, pp. [10-11]. Sequeira e Sá dedica a esta obra de Nunes un soneto, «no idioma peregrino»: «Quando el secreto a voces, secretario / del silencio, enseñáis en frase pura...» (ib.).

26. Cfr. F. de Figueiredo, *História da Literatura Clássica* (2.ª época: 1580-1756), Lisboa, 1921, pp. 370 y ss. Se le suele incluir en los manuales de historia literaria del Brasil a partir de la atención que Solidonio Leite le prestara en sus *Clássicos esquecidos*, R. de Janeiro, 1914.

26 bis. *Lengua, Enseñanza y Literatura (Esbozos)*, Madrid, Victoriano Suárez, 1924, p. 298.

27. Cfr. Juan Marichal, *op. cit.*, cap. VII.

artificios con que el hombre engaña al hombre, merecería con más justicia que cuantos hubo de Adán acá, el glorioso título de bienhechor del linaje humano», *ibid.*, VII, 6, § 1), para que un mundo en el que cree sea mejor. Pero Matías Aires es un desengañador desengañado. Casi un *aojador* a lo Quevedo. Como los del siglo XVII, el suyo es un desengaño de los errores morales, no intelectuales. Para él los valores por los que el hombre justifica su existencia —virtud, heroísmo, amor, letras, ciencias, filosofía, leyes, nobleza— no son más que varios disfraces de un vacío básico: la vanidad. Hasta la historia, que pretende autorizarlos, es una vanidosa invención. En el fondo todo nace de la vanidad:

«A vaidade de adquirir fama infunde aquêles valor nos homens, que quase chega a transformá-los em muralhas para defesa das cidades e dos reinos: a vaidade de serem atendidos os reduz à trabalhosa ocupação de indagarem os segredos da divindade, o giro dos astros, e os mistérios da natureza; a vaidade de serem leais os faz obedientes; a vaidade de serem amados os faz benignos; e finalmente a vaidade, ou amor da reputação os faz virtuosos.»²⁸

Todo el libro de Aires, bella elegía en una prosa de altísima calidad, gira en torno de este motivo, caro a escritores barrocos como Gracián —a quien el paulista debe mucho—²⁹ y a sus ecos franceses La Rochefoucauld y La Bruyère.³⁰ ¿Qué papel juega entonces Feijoo, tan de su siglo, en una obra esencialmente barroca³¹ como la de Matías Aires? El benedictino gallego proporcionó a éste materiales, eruditas pruebas del error humano, que el paulista utiliza con espíritu diverso para mostrar cuán poca confianza se puede depositar en el vano género de los hombres.

Tanto Feijoo como Aires manejan argumentos predilectos del negati-

28. § 30. Utilizo la ed. de la Bibl. de Literatura Brasileira, Livraria Martins, São Paulo, 1955, con prefacio de Alceu Amoroso Lima.

29. Cfr. *Criticón*, II, crisis XI: «Llegó la vanidad a tal extremo de quien ella es que pretendió lugar, y no el postrero, entre las virtudes Dio para esto memorial en que representaba ser ella alma de las acciones, vida de las hazañas, alien.o de la virtud y alimento del espíritu... No sale obra perfecta sin algo de vanidad, ni se ejecuta acción bien sin esta atención del aplauso. Parto suyo son las mayores hazañas, y nobles hijos los heroicos hechos...», etc. Muy apropiado al espíritu de las *Reflexões* de Aires es el pesimismo sinuoso contenido en las máximas del jesuita aragonés cuya huella es bien visible en el léxico, estilo e ideas del brasileño.

30. Es significativa la afición (un tanto exagerada por la crítica portuguesa y brasileña, siempre orgullosas de afrancesamientos) de Aires a moralistas que, como La Rochefoucauld, La Bruyère y Vauvenargues, entre otros, fueron marcados por la obra de Gracián. Otra de las fuentes de Aires, el *Traité de l'Opinion ou Mémoires pour servir à l'Histoire de l'esprit humain* (París, Briasson, 1733), 6 vols., de Gilbert-Charles Legendre, Marqués de Saint Aubin sur Loire, está llena de Gracián, espeicalmente la parte «Des maximes politiques», en el tomo V.

31. Cfr. el prólogo de A. Amoroso Lima a la cit. edición, p. 16; J. Almansur Haddad, prólogo a su ed. de los *Sermões* del Padre Antonio Vieira, São Paulo, 1957, pp. 67-68, y, del mismo autor, «Matias Aires: filósofo barroco do Brasil», *Revista Brasileira de Filosofia*, IX (1959), 489-496.

vismo barroco³² —algunos tan característicos como el de la vanidad de la fama póstuma,³³ de la ambición guerrera,³⁴ de la virtud o vicio aparentes³⁵ y de la nobleza de origen—, pero para el español esto, reforzado con la seguridad científicista de su época, es un punto de partida para atacar algún error que, a la postre, reemplaza por algo positivo. Aires, sin embargo, ignora la finalidad edificante de Feijoo; de sus discursos, sólo presta atención a la previa y metódica labor demoledora.

Así, por ejemplo, en los discursos «Sabiduría aparente» (*Teatro*, II, 8) y «Abuso de las disputas verbales» (*ib.*, VIII, 1), Feijoo censura la inútil y superficial logomaquia de una escolástica viciada, todavía imperante en las aulas de filosofía. Gracias a este abuso, explica Feijoo (*Teatro*, II, 8), son «muchos los indoctos que pasan plaza de sabios»; muchos los que con una leve tintura de letras, arrogancia, verbosidad y cierta prudencia para silenciar su ignorancia, hacen el papel de doctos en «el teatro del mundo». El vulgo —hacia el cual tanto Feijoo como Aires muestran un típico desdén recibido de Gracián— es un «juez inicuo», ciego con las «tinieblas de la popular rudeza», que se deja engañar y autoriza con su aplauso a tales farsantes, de tal modo que «para ser tenido un hombre en el pueblo por sabio, no hace tanto al caso el serlo como fingirlo». Aires, por semejante camino, afirma que la «sabedoría humana é como a cortina do teatro... quem mais se distingue, é quem melhor exprime o que não sente, e quem parece melhor o que não é...» (129); y en cuanto a la opinión popular (128):

«O vulgo tudo o que recebe é sem exame, e depois, antes quer permanecer no êrro, do que entrar a examinar; ...por isso os que adquirem opinião de sábios, ficam graduados por aclamação, mas essa opinião devem à fortuna, e não a si, porque as mais das vêzes apenas saudaram de longe as letras.»

Aires, como Feijoo, observa la habilidad verbal de algunos disputadores que transforman la ciencia en esgrima oral y usando los argumentos como espadas,³⁶ buscan en el combate, no la verdad, sino la victoria. Así, Feijoo explica:³⁷

32. No faltan los que tienen su raíz en críticas reformistas, erasmistas. Uno de los libros consultados por Feijoo para sus censuras a la Medicina anticuada de su época es el de Enrique Cornelio Agripa de Nettesheim, *De incertitudine et vanitate scientiarum* (Amberes, 1530), animado por espíritu semejante al de Aires.

33. Feijoo, *Teatro*, VI, 1, paradoja 12.^a; Aires, §§ 28-29.

34. Feijoo, *Teatro*, III, 12; Aires, § 78.

35. Feijoo, *Teatro*, IV, 1; Aires, § 16.

36. Feijoo, *Teatro*, VIII, 1, § II: «Al modo que un esgrimidor de esforzado corazón y robusto brazo desbarata a otro de inferior aliento y pulso, aunque sea mejor, instruido en las reglas de la esgrima»; «...o saber retorquir a fôrça do argumento contra quem o faz, á maneira de um guerreiro, que desarma outro para o deixar sem defesa...» (Aires, § 128).

37. *Teatro*, II, 8. Cfr. también el discurso «Guerras filosóficas», *ib.*, II, 1, § IV.

«He oído... que el fin... de las disputas escolásticas es la indagación de la verdad. Convengo en que para eso se instituyeron las disputas; mas no es ése por lo común el blanco a que se mira en ellas... Todos o casi todos van resueltos a no confesar superioridad a la razón contraria. Todos o casi todos, al bajar de la cátedra, mantienen la opinión que tenían cuando subieron a ella. Pues, ¿qué verdad es ésta que dicen que van a descubrir?»

El razonamiento de Aires (§ 129) es análogo:

«A disputa em si é coisa mais principal do que a matéria da questão: alteram-se os ânimos, mas não se persuadem porque não disputam pela razão, mas pela disputa... o relógio aparta os combatentes; estes separaram-se, porém nenhum vai sabendo mais; porque como no argumento não buscam a verdade, por isso esta sempre fica ignorada, oculta, e desconhecida.»

Feijoo, dejando aparte el que ofrece instrucciones para disolver estos abusos de modo que las disputas sean «más limpias, más claras y más útiles» (*ib.*, § VI), concluye que la ciencia representada por *algunos sujetos* —por este tipo de «sabios»— es insustancial, consta sólo de signos exteriores y nada dentro. Aires llega a idéntico resultado, pero, además de no buscar remedios, da a este vicio una extensión general: es inútil buscar la verdad a través de la filosofía, pues ésta no es más que un vanidoso juego de palabras.³⁸

En el mismo pasaje (§ 129) Aires lleva a extremos absolutos ciertas afirmaciones de Feijoo (*Teatro*, III, 13, «Escepticismo filosófico») en defensa de un moderado escepticismo, especialmente en lo que se refiere a la física, como provechoso método de progresar en las ciencias. Feijoo tacha de «delirio extravagante» el «pirronismo» que lleva a la suspensión de asenso en toda ocasión, pero defiende el moderado como «cautela pru-

38. Feijoo, *ib.*, § I: «Los accidentes exteriores que representan la ciencia están en algunos sujetos como los del pan y vino en la Eucaristía, esto es, sin la sustancia correspondiente. Los inteligentes en uno y otro conocen el misterio; pero como en el de la Eucaristía los sentidos, que son el vulgo del alma, por los accidentes que ven se persuaden a la sustancia que no hay; así en estos sabios de misterio, los ignorantes, que son el vulgo del mundo, por exterioridades engañosas conciben doctrinas que nunca fueron estudiadas. La superficie se miente profundidad, y el resabio de ciencia, sabiduría». Aires, § 129, cambiando el simil eucarístico, poco oportuno para el tono laico de su gusto, extiende la idea a toda pretensión desabiduría: «O saber na realidade mais ou menos é segredo, que fica escondido; estamos pelo que indicam as insígnias; e nas letras, uma parte do que vemos, sao edificios vãos, compostos sómente de um soberbo frontispício; e éste, por mais que inculque um fundo grande, quem lho busca, não o acha...» Es significativo que el cultismo de acepción usado por Feijoo, *mentir* 'ingir', grato al culteranismo (Cfr. L. Spitzer, «La Soledad Primera de Góngora», *RFH* (1940), II, 174), se correspondía en Aires con análogo cultismo, y también común entre culteranos lusos, *medicar* 'dar mostra de si', que puede ser falsa muestra, como en «inculcáo-se por valentes» (Cfr. A. de Moraes Silva, *Diccionario da Lingua Portuguesa*, 2.ª ed. Lisboa, 1813). Es decir, «por mais que inculque um fundo grande» en traducción literal sería 'por más que mienta ('finja') una gran profundidad'.

dente». ³⁹ Acto seguido, y saliendo al paso de los impugnadores del escepticismo moderado, muestra con una serie de argumentos y ejemplos la falibilidad del conocimiento sensible y, en fin, la incertidumbre de la filosofía natural, a la que

«no se debe dar nombre de ciencia, porque verdaderamente no lo es, sí sólo un hábito opinativo o una adquirida facilidad de discurrir con probabilidad en las cosas naturales» (*ib.*, § VII).

Estos razonamientos, en manos de Matías Aires, escéptico constante, se hacen instrumento para arrasar de nuevo toda filosofía: la vanidad de la sabiduría no se funda en la certeza de la ciencia, sino en la de la cátedra cuya terrorífica autoridad nos hace obedecer y creer lo incierto. ⁴⁰

39. Cuatro años después, en 1733, el marqués de Saint Aubin publicaba su *Traité de l'Opinion*, donde aparecen notables coincidencias con los escritos de Feijoo, y en cuyo prefacio se indicaba: «Le point de vûë de cet ouvrage est la science de douter non pas en Pyrrhonien, mais lorsqu'il est avantageux de suspendre son jugement.»

40. Feijoo, *Teatro*, III, 13, § XXIII: [...] el labrador [sabe algo] de la generación y aumento de las plantas. Pero el filósofo ¿qué sabe? Dudar de todo y nada más. Así que la aula de la física es un teatro donde sólo se enseña a dudar sin término. Digo *sin término*, porque nunca llega el caso de pasar de la duda a la certeza. Vese esto claro en que las mismas cuestiones que se disputaban doscientos años ha, se disputan hoy con la misma fuerza que entonces.

Ib. De modo que nuestra filosofía no es otra cosa que un tejido de falibles conjeturas, desde los que llamamos primeros principios, hasta las últimas conclusiones. Y aun estas conjeturas se terminan en ciertas nociones universales, porque todas las naturalezas específicas y aun las más de las razones genéricas ínfimas están tan lejos de nuestro conocimiento, que ni aun las tocamos con la duda.

§ XII. Aún fuera algún consuelo de nuestra ignorancia, si sólo se nos escondiese el modo con que la naturaleza obra tan allá en lo interior de los cuerpos. Lo más sensible es que lo propio nos sucede con todo aquello que inmediatamente presenta a nuestros sentidos.

Ib. Estamos palpando el cuerpo *cuantos*, pero hasta ahora no sabemos si se compone de puntos indivisibles o de partes infinitamente divisibles, ni en qué consiste ser un cuerpo duro o blando, sólido o fluido, opaco o diáfano. Estamos viendo los colores; y hasta ahora no sabemos qué cosa son los colores, si unas raras reflexiones de la luz o accidentes intrínsecos del objeto. La luz nos alumbrá para ver y es oscurísima respecto de nuestro discurso sobre la naturaleza de la luz... (Cfr. con Saint Aubin, *Traité de l'Opinion* (1733), IV, parte I, p. 286. El texto de Feijoo es de 1729).

Aires, § 129: [...] vemos nacer a flor, cresce à nossa vista; mas nem por isso sabemos como a flor nasce, nem como cresce: a dificuldade sempre fica sendo a mesma: o nosso engenho todo se evapora em belas fantasias, e em razões notáveis; mas estas só servem de enganar, ou de entreter a mocidade que começa, e que ainda não sabe por experiência, que a maior parte das coisas de que o mundo se compõe, nem se pode ensinar, nem aprender.

Ib. Os primeiros princípios, e os primeiros movimentos reservou-os para si a Providência; o homem só ficou exposto a êles, para os admirar, e não para os saber. A vaidade das ciências tôda se cansa em conjeturas, que faz passar por demonstrações; ... os discursos perdem-se na imensidade vaga de uma materia impenetrável...

Ib. [...] a natureza sabe iludir todos os nossos estudos, e conceitos; não é mais fácil no que mostra, do que no que esconde; nã é menos reservada no que produz à superfície da terra, do que naquilo que forma no seu centro.

Ib. Todos sentimos a impressão do ardor, más ninguém sabe, o como essa impressão se faz; e desta sorte o que conhecemos, é o efeito do frio, e não o frio... Quem é que sabe de donde vem o agrado da harmonia, nem o desagradado da dissonância? [Cfr. *Teatro*, «El no sé qué», § V.] Uma voz suave nos encanta, um som áspero, e agudo nos molesta; mas quem há de dizer o donde procede no som a suavidade ou a aspereza? Os efeitos mais sensíveis, e mais certos, são os da dôr, e também do gôsto; mas quem é o que conhece, de que se origina o gôsto, nem de que se forma a dôr?

La misma actitud se puede observar confrontando, de un lado, la estrecha precaución de Feijoo ante el testimonio de la historia tantas veces falseado por fábulas y prejuicios (*Teatro*, IV, 8, «Reflexiones sobre la historia»), así como sus consideraciones sobre la intervención del azar en buena parte de la reputación de la filosofía aristotélica (*ib.*, 7, «Mérito y fortuna de Aristóteles»), y, de otro lado, las desalentadas conclusiones a que, tomando como ocasión iguales puntos, llega Aires, quien ni cree en la veracidad de la historia (§§ 144-153) ni en la validez de la filosofía (§ 126), ambas sujetas a los caprichos de la vanidad. «Não ná pois certeza alguma em nada» (p. 247), es el definitivo corolario del escritor paulista. Lo curioso, por lo que se refiere a las fuentes, es que en estos dos pasajes Matías Aires ha seguido —y tan a la letra que es una traducción con sus galicismos y todo— al marqués de Saint Aubin, cuyas páginas sobre las «Querelles sanglantes des Nominaux et des Réalistes»,⁴¹ y otras «De l'Histoire»,⁴² ofrecen tantas coincidencias con los citados discursos de Feijoo, especialmente las últimas («Peu de vérité à espérer de l'histoire», «De l'amour du merveilleux», «Historiens remplis de fables»), que el monje español se sintió obligado a llamar discretamente la atención sobre ello, incluyendo en el *Suplemento al Teatro Crítico* (1740) una traducción al español del «ameno y curioso» discurso del marqués sobre la incertidumbre de la historia.⁴³

Particular interés, por relacionarse con el pasado brasileño de Matías Aires, tienen sus reflexiones sobre la vanidad del origen noble (§§ 138-143, 154-163), inspiradas, en parte, en el discurso de Feijoo «Valor de la nobleza e influjo de la sangre» (*Teatro*, IV, 2). Aires, como Feijoo, se enfrenta con la creencia común de que la nobleza viene en la sangre,⁴⁴ para negarla⁴⁵ desde un cientificismo ilustrado.

41. *Traité de l'Opinion*, I, 2.ª parte, cap. IV, 421-429, ed. cit.

42. *Ibid.*, I, 1.ª parte, cap. VI, 189-227.

43. Puede verse en *BAE*, vol. 143, pp. 382-394. Conviene repetir que los discursos de Feijoo a que nos referimos salieron en el tomo IV del *Teatro*, esto es, en 1730, y que la primera edición del *Traité de l'Opinion* es de 1733. Como el marqués no cita a Feijoo ni una sola vez, cabría pensar en la coincidencia a que alude el benedictino, posible por el manejo de fuentes —francesas— comunes.

44. «Dicese comumente que la buena o mala sangre trae su oculto influjo en pensamientos y acciones; que así como según la naturaleza de la semilla sale el árbol, o según la del árbol el fruto, así tales son por lo común los hombres qual es la estirpe de donde vienen, y en sus operaciones copian las costumbres de sus ascendientes. Esta preocupación en favor de la nobleza es... general en el vulgo», loc. cit., § II. Y Aires: «O sangue é o lugar em que fazem consistir a singularidade ou superioridade de uns a outros; naquele licor é donde consideram como ocultas, e invisíveis tôdas as razões de diferenças; ali puseram o assento da nobreza, e dali a fazem sair, como de uma fonte original, e composta de infinitas distincões, qualidades, graus, quãtates.» (133).

45. «Lo que con certeza se puede asegurar es que el parentesco en la sangre no induce parentesco

Así, Feijoo impugna la hereditariadad de los temperamentos, que juzga relativa (por la comixtión de sexos, heterogeneidad seminal, etc.), como argumento para aceptar la transmisión de nobleza en la sangre (§ IV). Y, aunque se admitiera alguna comunicación de genio y costumbres de padres e hijos, este hipotético germen se alteraría y desaparecería a lo largo de sucesivas generaciones (*ib.*). De modo parejo, Aires testimonia la identidad física, en el laboratorio, de toda sangre (§ 133), así como que la continua renovación de la sangre impediría la conservación de hipotéticos gérmenes de nobleza (§ 134). Y, al fin, si es admisible la transmisión de diferencias físicas y raciales entre los hombres (§§ 157, 158), la «diferencia» humana que llamamos nobleza no lo es por su carácter «imaginario» (*ib.*, p. 252), porque no es objeto de ciencia, algo que se puede fijar en laboratorio, cosa en suma «visível, constante, e material» (*ib.*).

Analizada la sangre, no se encuentra en ella la nobleza; ésta sólo existe en el pensamiento.

«Otro cualquier atributo es propio de la persona —dice Feijoo—; éste forastero. La nobleza es pura denominación extrínseca, y si se quiere hacer intrínseca, será ente de razón» (§ I).

«Ilustre quimera» (§ IV) le llama también, subrayando su índole ideal. Aires, por su parte, dice que

«os homens não vêm ao mundo... nobres; cá acham a nobreza como uma parte posterior, e auxiliar, que se pode unir e agregar depois» (§ 163).

No es la nobleza «qualidade fixa, própria, interior, e inseparavel» (*ibid.*), sino una «quimera» (§ 140) «que só tem uma existência mental» (§ 159):

«A nobreza, e a vileza são substancias incorporeas porque são vãs; e se é verdade, que podem estar no sangue, será talvez por algum modo intelectual, imaterial, e etéreo» (§ 140).

Por otro lado, Feijoo (§ V), y con él Aires (§ 138), trata de desengañar a los nobles por herencia, notando que buena parte de su nobleza se debe a la riqueza recibida de sus mayores y que en muchas ocasiones es el dinero lo que confiere la nobleza. En cuanto a la gloria de un antepasado ilustre, suya es, no de sus hijos, vienen a opinar, coincidiendo en las imágenes, Feijoo (§ I):

en las costumbres», § II; y Aires: «A nobreza, e a vileza, são nomes diferentes, mas não fazem diferentes sangues; estes são iguais em todos» (§ 140).

«La virtud de nuestros mayores fue suya, no nuestra... En algunos escudos de armas he visto puestas por timbre unas estrellas. El que ganó este blasón le ostentaba con justicia, porque, a manera de estrella, brillaba con luz propia. En muchos de los sucesores debían quitarse las estrellas y substituirse por ellas una luna, para denotar que sólo resplandecen, como este astro, con luz ajena»,

y Matías Aires (§ 163):

«A luz tôda se emprega nos objetos, êstes ficam claros, mas é por força de uma luz que não é sua. Se o sol se esconde, ficam os objetos escuros, e escondidos. As coisas não nascem com as qualidades que se vêem; os homens não vêm ao mundo sábios, justos, prudentes, virtuosos, bons; e do mesmo modo não vêm nobres...»

A pesar de que, por todo esto, no hay en la nobleza «motivo alguno para que el noble se jacte» (§ VI), siendo como es «uma introdução supersticiosa» (§ 139), no hay vanidad mayor («A nobreza foi a maior máquina que a vaidade dos homens inventou», § 160) ni más arraigada («Un gran bien haría a los nobles quien pudiese separar la nobleza de la vanidad», § I), ni más indolatrada («ídolo» la llama Feijoo, § VI, y también Aires, § 143).⁴⁶ Después de lo dicho, y tal vez pensando en su propio origen noble y en la sociedad de su tiempo, Feijoo hace distingos tales como que esta «prerrogativa de la nobleza heredada no es laudable, pero es honorable» (§ VI) y añade, denunciando su conflicto: «Con esta distinción todo se compone bien» (*ib.*). Aconseja también que se respete la riqueza (§ VIII) y termina por admitir la «utilidad pública» (§ IX) de los nobles, preferibles, por motivos prácticos, a los de oscuro linaje en la provisión de cargos honrosos. Aquí Matías Aires salta escocido y le enmienda la plana a Feijoo, con sarcasmo, sin paliativos casuísticos y con cierta irritación evidentemente provocada por las razones del cauteloso fraile:

«Assim é, mas quem há de haver que negue, que a nobreza, ou essa coisa vã, é útil, necessaria, e bem imaginada? Que importa que uma coisa seja na realidade nada, se os efeitos que produz são alguma coisa? Os efeitos da nobreza são muitos: ela dá merecimento, valor, saber, a quem não tem ciência, nem valor, nem merecimento; ela serve para fazer venerado, a quem o não deve ser; ela faz que o crime fique muitas vêzes impunido; que a desordem se encubra, e se disfarce; e que a soberba, a arrogância, e a altivez, fiquem parecendo naturais, e justas...» (§ 161).

46. Sátiras contra los humos de nobleza son frecuentes en las letras del XVII; valgan como ejemplos los de Vélez de Guevara (*Diablo Cojuelo*, trancó III), Quevedo (*El sueño del infierno*, en *Obras completas*, ed. Aguilar, Madrid, 1958, I, 148) y Gracián (*Criticón*, III, crisi VII) que presenta esta manía en la sala de la Vanidad. Menos burla y más doctrina oponen, con suficiencia dieciochesca, Feijoo y Aires, como ya había hecho, al modo erasmista, Cervantes (Cfr. Américo Castro, *El pensamiento de*

Poca importancia tiene que después Aires aluda, ligeramente, a que la nobleza ideal, «nos termos da sua primeira infância, ou na idéia com que foi criada, é verdadeira, e útil» (§§ 161-162). El tono dominante, acentuado con toda su mejor retórica, es el acusador. Niega, fustiga —salvando siempre, como en todo el libro, al rey, legítimo origen de noblezas (§ 163)— con una decisión y libertad tal vez más esperable de un paulista que de un monje español, si no es que hay de por medio algo bien brasileño: cierta mezcla de sangres no grata a la aristocracia peninsular.

Sabido es, gracias a Ernesto Ennes,⁴⁷ que en 1725 Matías Aires solicitó el hábito de la Orden de Cristo, honor máximo en la época. Y que pidió al rey la dispensa de «provanças» de sangre y calidad. No fue así y el *Tribunal da Mesa da Consciencia e Ordem*, investigando, según la costumbre, si el suplicante

«e seus pays, e avôs paternos, e maternos, são e forão pessoas Christans velhas, limpas, e de limpo sangue sem raça algũa de judeu, Christão novo, mouro, mourisco, mulato, infiel, ou de outra infecta nação de gente novamente convertida a Nossa Santa fee Catholica, e se por legítimos, e inteiros Christãos velhos são e forão sempre todos e cada hum delles tidos, havidos, e reputados, sem nunca do contrario haver fama, ou rumor» (Ennes, *op. cit.*, 268),

lo encontró, en 1727, falto de «qualidade» para ello. Y lo mismo ocurrió dos años después, cuando Aires insistió. Al fin, el rey le concedió el hábito, dispensándole los impedimentos. ¿Y cuáles eran éstos? Que su padre, José Ramos da Silva, a la sazón *Provedor da Casa da Moeda real*, había sido, a sus doce años,

«criado de servir e depois mercador com loja aberta no Rio de Janeiro e o Avô paterno lavrador que vivía pobremente» (*op. cit.*, p. 84);⁴⁸

cosas ciertas, en lo que se refiere al padre, aunque Matías Aires afirma que fue «equivocação nas testemunhas». De hecho su padre, portugués emigrado al Brasil a los doce años, no sólo fue eso, sino que, además, aparece en su fe de bautismo como hijo de padre desconocido y de madre «engeitada», Maria da Silva (*op. cit.*, p. 6), y que lo primero que hizo al

Cervantes; Madrid, 1925, pp. 366-67) y como hará, poco después, Cadalso en sus *Cartas marruecas* (1789): «Nobleza hereditaria es la vanidad que yo fundo en que ochocientos años antes de mi nacimiento muriese uno que se llamó como yo me llamo, y fue hombre de provecho, aunque yo sea inútil para todo», Carta XII).

47. *Dois paulistas insignes: José Ramos da Silva e Matias Aires Ramos da Silva de Eça*, Companhia Editória Nacional, São Paulo, 1944.

48. *Op. cit.*, p. 84. Hay pasajes en el libro de Aires que podrían verse como una marca de esta humillación: «...vem a depender o sangue, não só da fortuna presente, mas da passada, e da futura: não só lhe prejudica a miséria atual, mas também aquela que passou; faz-lhe mal o mal que sente, e também aquêle que não pode sentir; costuma vir-lhe de longe o abatimento...» (§ 139).

llegar a Brasil fue cambiar de nombre. Y que «o denso mistério em que toda a vida procurou e conseguiu envolver a origem do seu nascimento» (Ennes, *op. cit.*, p. 6), sólo se desveló, tal vez a su gusto, para aparecer hasta con antepasados nobles y demasiados testigos a su favor, cuando el hombre tenía una de las mayores fortunas del reino, amasada con hábiles especulaciones de abastos en Minas Gerais. A pesar de su dudoso origen, y de que a su mujer, la rica paulista Catarina Dorta, se le achacaban antepasados mulatos (*op. cit.*, 52), José Ramos da Silva, eficaz, ambicioso y lleno de virtudes, fue familiar del Santo Oficio, recibió, con real dispensa de impedimentos, el hábito de la Orden de Cristo, obtuvo la codiciada dirección de la Casa de la Moneda portuguesa y al fin, pocos meses antes de su muerte (1743), carta de nobleza. Quizá Matías Aires —tímido, sombrío, desconfiado— no tuvo la entereza de su padre, para sobreponerse, y quién sabe si hasta burlarse, al resquemor del origen. Lo cierto es que en 1728, después de recibir la humillante negativa a sus pretensiones, interrumpe sus estudios y sale de Portugal. Pasa por la corte de Madrid y acaba en Bayona, donde estará hasta 1733 estudiando, entre otras cosas, hebreo. Sólo vuelve a Portugal después de habersele concedido el hábito de la Orden de Cristo. Conocido esto, no resulta extraña su insistencia, y en ello se separa de Feijoo, en que la sangre no es portadora ni de nobleza, ni de vileza. Feijoo despacha el asunto en pocas páginas, escuetamente. Aires gira y vuelve, con bella retórica, sobre la sangre. Feijoo dedica todo un párrafo, el séptimo, a derribar, con naturalidad, la superstición de los que tienen sangre judía o de negro no puedan ser buenos cristianos. Aires, resabiado, con o sin razón, no toca el asunto. Se concentra en remachar que la sangre no da la nobleza. Sólo el rey. Y ya vimos su irritación ante las componendas finales del ensayo de Feijoo. Ensayo que, en el fondo, no venía a ser más que una palmada irónica y cariñosa a una nobleza de la que se sentía parte el benedictino español,⁴⁹ y cuya vanidad, bien manejada, podía rendir estimables servicios a la república. Feijoo está en el XVIII y piensa, con optimismo, a lo utilitario. Pero Aires no participa en esa fe. Aires todavía se mueve en el desengaño seiscentista, agravado por el escalpelo racional de la época en que históricamente vivió. Una comparación entre Aires y cualquier otro escritor representativo del XVIII, digamos Cadalso, en un tema común, por ejemplo, la vanidad de la fama póstuma, nos daría igual resultado. Para Cadalso, con ser vana tal preocupación, todavía valdrían sus efectos,

49. En la vanidad ingenua y natural de Feijoo, había, sin duda, un componente jerárquico, en relación con el lustre de su estirpe, una de las más nobles de Galicia», subraya Gregorio Marañón, citando textos demostrativos, en su estudio *Las ideas biológicas del Padre Feijoo*, incluido en BAE, CXLI, p. CXLVII, nota 11.

útiles a la sociedad (*Cartas*, 27, 28, 84 y 85, *Clás. Casts.*). Para Aires sólo queda la triste vaciedad.

Si Matías Aires había puesto a Feijoo al servicio de su misantropía, Feliciano Joaquim de Souza Nunes utilizó —y más de cerca— al monje español para dar un paso hacia la autonomía intelectual del Brasil. Souza Nunes, que tendría unos veinticuatro años cuando publicó su libro,⁵⁰ era hombre de talento muy inferior al de Matías Aires, cuya obra leyó (*Discursos*, p. 92) y contradujo en algún punto. Amigo de seiscentistas alardes de erudición⁵¹ y de emblemas,⁵² su prosa es pasable, pero desvaída junto a la del paulista, a veces ceñida en máximas a lo Gracián (quien había dejado esta marca en Feijoo y Matías Aires) y, más frecuentemente, entremezclada con reiteraciones de sermón y toques culteranos. Así, pues, por la forma y buena parte de sus fuentes, es más del xvii que neoclásico. Sin embargo, su pasión por Feijoo, a quien colma de elogios⁵³ y en quien admira, sobre todo, la «liberdade e veracidade com que sempre escreveo» (p. 32), nos indica su adhesión al criticismo ilustrado del siglo xviii. Tal actitud se manifiesta claramente en el prólogo o «Satisfação apologética» de su libro, introducción no exenta de rebeldía juvenil difícilmente sofrenada,⁵⁴ y en la que, manejando conceptos que Feijoo expone en sus

50. Sacramento Blake, *Dicionario Bibliografico Brasileiro* (Río de Janeiro, 1885-1902), II, 321, señala como probables fechas de nacimiento y muerte del escritor 1734 y 1808. Cfr. también Artur Mota, *Historia da Literatura brasileira* (S. Paulo, 1930), II, 167-174, y el prólogo de Alberto de Oliveira a su ed. de los *Discursos político-moraes*; Antônio Cândido, *Formação da literatura brasileira* (S. Paulo, 1959), I, 77-79, 311, juzga «tardía» esa fecha de nacimiento. Sin embargo, en los *Júbilos da América* (1754), Manuel Tavares de Siqueira e Sá dice («Prólogo ao leitor», p. 10), con versos de Góngora y refiriéndose a Souza Nunes: «...admirando-se nelle *Muchos siglos de cordura / en pocos años de edad*». La misma insistencia de Nunes en defender la juventud, tema al que dedica todo el discurso sexto, y ciertos detalles («São effeitos da mocidade!», p. 18) en la un tanto petulante «Satisfação apologética» con que prologa su libro, nos inducen a pensar que éste fue obra moza.

51. Una gran parte de su bibliografía es española. Entre los autores que maneja, aparte Feijoo, destacan fray Antonio de Guevara (muy aprovechado), Francisco de la Torre, Huarte de San Juan, Suárez de Figueroa, Cristóbal Lozano, los padres Ribadeneira y Mariana, Gracián, Quevedo y su biógrafo Paulo Antonio de Tarsia, Sor Juana Inés de la Cruz. También Bernardino de Villegas, fray Juan de Pineda, fray Juan de Torquemada, Gonzalo de Illescas, Antonio Fuentes Biota, Juan Sedeño, fray Baltasar de la Victoria, Diego de Tovar y Valderrama, amén de obras en español de autores portugueses como Sá de Miranda, Faría e Sousa y Antonio de Gouveia. Es curioso que Souza Nunes no utilice (tampoco lo hizo Matías Aires) el *Verdadeiro método de estudar* (1746), de Luís Antonio Verney, donde se ventilaban cuestiones análogas a las que preocupaban a Feijoo y sus seguidores brasileños: primacía del buen sentido sobre la autoridad desatinada (Carta VIII), negación de la nobleza de la sangre (Carta XI), igualdad intelectual de los dos sexos (Carta XVI), etc.

52. Cfr. pp. 94, 95, 100, 206.

53. «Famoso Feijó» (pp. 26, 32): elegante y «doutíssimo» (pp. 27, 32, 172); «científico Padre» (p. 27); «sempre admiravel *Teatro Crítico*» (p. 174); «o critico mais douto, e o Espanhol mais veraz» (p. 31).

54. Hablando de la posibilidad de hacer buena filosofía sin necesidad de haber estudiado a Platón, Aristóteles o la Escolástica, dice: «Quem se atreverá [a sostener tales ideas], sem que se exponha a

discursos «De la crítica», «La elocuencia es naturaleza, y no arte», «Verdadera y falsa urbanidad», y en otros lugares, predica la supremacía del recto razonar contra el magisterio de la autoridad. Es visible que tales alegatos de Souza Nunes tienen su raíz tanto en circunstancias personales como «nacionales». Su «Satisfação apologética» atiende, por un lado, a justificar, ante la noble minoría rectora —en lo social y cultural— de los formados en Coimbra, las aspiraciones intelectuales de un joven oscuro, autodidacta, sin títulos, ni universitarios ni de nobleza, con el empleo nada intelectual,⁵⁵ poco ilustre y peor pagado,⁵⁶ de almojarife de la intendencia real en Río. En este sentido la «Satisfação apologética» de Nunes es un eco de la famosa *Carta a Sor Filotea de la Cruz*, de Sor Juana Inés de la Cruz, obra que cita el brasileño (p. 27). Pero, de otro lado, la actitud de Nunes representa patentemente los deseos de emancipación cultural de una sociedad colonial, cada día más cercana a su independencia, y que se opone con las armas ilustradas de los Feijoo al orden social e ideológico impuesto por la metrópoli.⁵⁷

Cuando Souza Nunes tremola la frase de Feijoo de que

«la crítica buena, justa, acertada, no la dan los libros, ni los títulos, o empleos, sólo Dios la da; porque sólo Dios da el claro entendimiento, el ingenio perspicaz, el juicio exacto» (p. 25),

y con Feijoo exalta el valor del libre entendimiento natural contra la tutela oficial de una declinante y viciada cultura escolástica cuyos argumentos difícilmente sostenía la autoridad,⁵⁸ está solapada y petulantemente encogiéndose de hombros ante Portugal y proclamando la posible validez de una cultura brasileña, aunque ésta «com as águas do Mondego não bebesse as sciencias de uma Coimbra» (p. 18).⁵⁹

uma crise quasi universal de tantos e tão avultados sectarios das Filosofias Escolasticas?» (p. 30) «Eu julgo que ninguém; e de mim affirmo, que me não acho com espirito para tanto, ainda que na verdade conheça que é sem a menor dúvida que o entendimento se não adquire com os estudos classicos...» (p. 31).

55. El Maestro fray José Antonio de Santana, que leía Filosofía en el convento de los Carmelitas de Río y a quien Nunes había enviado el manuscrito de su libro para juzgarlo, le contestó en una carta, incluida por Nunes en su obra (pp. 40-42), que se recelaba «de que me sería violenta a sua leitura, pois a occupação, em que estava, sem faltar às leis do decóro devido a sua pessoa, prudentemente dava lugar a esta conjectura».

56. Cfr. *Júbilos da América*, «Prólogo ao leitor», p. [6].

57. Cfr. Antônio Cândido, *op. cit.*, I, 78-79.

58. Cfr. Feijoo, *Teatro*, VIII, 4, «Argumentos de autoridad», y las objeciones a la Escolástica aducidas por Souza Nunes, pp. 26-30.

59. No se olvide que Portugal no había implantado en Brasil ni universidades ni imprenta, y que los brasileños tenían que ir a Portugal a licenciarse.

De acuerdo con el prólogo están los siete discursos que le siguen. En ellos domina un tono de acrimonia de colonial rebelde que saca a Souza Nunes del conformismo y adulación hacia la metrópoli que hay, por ejemplo, unos veinticinco años antes, en el *Peregrino da América* de Nuno Marques Pereira. Para éste todavía el sol giraba alrededor de la tierra, la cual se sostenía por la divina omnipotencia (II, vi): y los terremotos, tempestades, incendios, rayos, nublados y cometas eran signos de la cólera de Dios, así como las epidemias y rebeliones; también se complacía Pereira en escarnecer la ciencia humana, especialmente la medicina (II, vi), viendo con recelo la salud y sugiriendo que era casi un pecado tratar de curarse por lo que esto tenía de oposición a la voluntad de Dios. Souza Nunes ya pertenece a otro mundo, a pesar de su lastre seiscentista. Elogia a los jóvenes, en contraposición a Pereira (II, xiv), y, si no se mete en astronomías, sí ataca con pasión cosas que eran sagradas en el horizonte ideológico portugués: la nobleza de sangre o de dinero, la dote monetaria de la mujer, la hereditariadad de los títulos de nobleza y la validez del «morgado» o mayorazgo. Contra todo esto proclama, democráticamente (aunque no era doctrina nueva), que la nobleza está en las acciones sólo, que la honestidad es la única dote de la mujer y que un buen oficio es el mejor título de nobleza que se puede legar a un hijo. Añádase a esto la broma, poco grata entre iberos tradicionalistas, de equiparar la inteligencia femenina a la masculina y se comprenderá por qué el marqués de Pombal mandó quemar el libro por contener «doutrinas anárquicas».⁶⁰

En cuanto al aprovechamiento de Feijoo, hay que decir que en cuatro de los siete discursos de Sousa Nunes es visible la huella de los del beneditino español. El primero («Riqueza excessiva é pobreza consumada») sale de «Humilde y alta fortuna» de Feijoo (*Teatro*, I, 3); el segundo, sobre el origen de la nobleza, procede, como la doctrina de Matías Aires sobre igual tema, de «Valor de la nobleza e influjo de la sangre» (*Teatro*, IV, 2); en el quinto, a favor de la capacidad intelectual femenina, derivado principalmente de la famosa «Defensa de las mujeres» (*Teatro*, I, 16), se beneficia también con aportaciones extraídas de las «Reflexiones sobre la historia» (*ib.*, IV, 8) y el «Uso más honesto de la arte obstetricia, o de partear» (*Cartas*, II, carta 17); el sexto, en fin, contra la institución del mayorazgo («A superioridade entre irmãos está na capacidade, e não nos anos»), tiene su semilla en la sexta de las «Paradojas políticas y mo-

60. Cfr. prólogo de Alberto de Oliveira, p. 7. Nunes había dedicado, sin previa autorización, sus *Discursos* a Pombal. Este, visto el libro, ordenó a su autor que volviese inmediatamente al Brasil. Se salvaron tres ejemplares, hoy en la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro.

rales» (*Teatro*, VI, 1) de Feijoo: «La edad corta es menos favorecida que debiera ser en la promoción a los empleos». ⁶¹

Dicho sea en honor al concepto ilustrado que de la imitación tenía Sousa Nunes, que en la mayoría de los casos en que sigue a Feijoo, u otro autor, utiliza las comillas y las notas al pie de página declarando la fuente; ⁶² como se vio antes, Matías Aires, más a lo siglo XVII, no hacía esto. ⁶³

El discurso de Feijoo «Valor de la nobleza e influjo de la sangre» (*Teatro*, IV, 2), que había inspirado bellas páginas a Matías Aires, en

61. Cfr. especialmente pp. 203-204 de Nunes con el cit. lugar de Feijoo. En el discurso tercero de Nunes, sobre las cualidades de una buena esposa, también consulta la «Defensa de las mujeres» (§§ VI, VII) para componer su relación de mujeres famosas (pp. 111-114). Igualmente, en algún pasaje del discurso cuarto de Nunes, defendiendo la honorabilidad del trabajo, aun el servil («Senhores, o ser nobre, é ser honrado. Pois sendo assim, como o ser honrado não será ser nobre? ...por que não será igualmente nobre o lançar mão de alguma parte ou officio, ainda que mecanico, para conservar-se honrado?», p. 149), en lugar de la ociosidad de la nobleza («...que se ha de seguir... de introducir un pai de familia a seus filhos, que é condição de ser nobre o ser vadio, vagamundo, perdulario, luxurioso, jogador, desrrazoado, e sobre tudo desprezador dos mais, e panegyrista de sí mesmo?», p. 145), se perciben ecos de los elogios de Feijoo («Honra y provecho de la Agricultura», *Teatro*, VIII, 12) a los labradores («Miradas las cosas a la luz de la razón, lo más útil al público es lo más honorable, y tanto más honorable cuanto más útil...; el animal más contemptible en el mundo es un hombre que de nada sirve al mundo, que sea rico, que sea pobre, que alto, que humilde, que noble, que plebeyo (...). Al contrario, venero por sí mismo, o por su propio mérito, a aquel que sirve útilmente a la república, sea ilustre, o humilde su nacimiento...», *ib.*, § I) y consiguientes fustazos a la nobleza ociosa («¿Qué caso puedo yo hacer de unos nobles fantasmones, que nada hacen toda la vida sino pasear calles, abultar corrillos y comer la hacienda que les dejaron sus mayores?», *ib.*).

62. Una ocasión en que Souza Nunes usa a Feijoo sin declararlo es en el primero de sus discursos, cuyas líneas generales («Riqueza excessiva é pobreza consummada. Tudo tem quem possui e que lhe basta», p. 63) coinciden con las del discurso de Feijoo, «Humilde y alta fortuna» (*Teatro*, I, 3): «Las riquezas no constituyen a los hombres felices a proporción de la magnitud material que tienen; así sólo a proporción de lo que gozan o de la conveniencia y deleite que causan» (loc. cit., n. 8). Y también: «No hay conveniencia, sino gravamen en la precisa posesión de las riquezas... El que para su sed tiene la agua que basta en una pequeña fuentecilla, ¿para qué se meterá un río dentro de casa? No logrará otra cosa que concitarse el odio o la ira..., exponerse a las asechanzas...; muchos ricos, por este motivo sólo fueron víctimas, ya del cuchillo, ya del veneno. Así que los demasiados doblones son de peso y no de valor para su dueño; quiero decir que no son conveniencia, sino peligro y gravamen de la vida» (*ib.*, n. 14). En Souza Nunes: «...as riquezas excessivas... tem sido mais perniciosas do que uteis, mais prejudiciaes do que convenientes» (p. 71); «Quando o Nilo desprezando as aguas, que lhe bastam, se enche com as que lhe sobejam, inundando as terras, por onde passa, destroe tanto, quanto se alarga...» (p. 72); [as excessivas riquezas] «foram para uns o metal, de que fabricou a ambição os punhaes...; para estes foram o veneno, que lhes administrou a inveja...» (p. 76). Otras ideas y pasajes comparables: que las diferencias de fortuna no implican necesariamente desigualdad en la calidad moral de los hombres (Feijoo, ns. 3 y 8; Nunes, p. 77); imagen de la rueda de la Fortuna (Feijoo, n. 2; Nunes, p. 78); ejemplos de Salomón y Alejandro (Feijoo, ns. 18 y ss.; Nunes, pp. 74-75); demasías de la gula (Feijoo, ns. 23-24; Nunes, p. 63); pesares y temores de los ricos (Feijoo, ns. 30-38; Nunes, pp. 70-76) y, en fin, elogio de la vida feliz de los pobres: «¡Oh vida del pobre (exclama el poeta), que tienes la felicidad de estar exenta de las violencias! ¡Oh pobreza, beneficio grande de los dioses, aunque no reconocida de los hombres!» (Feijoo, n. 35); «Oh ditoso aquelle, que na morte e na vida não tiver extraordinarias riquezas!» (Nunes, p. 70).

63. Entre comillas deben ir, por ser traducción literal de Saint Aubin, la casi totalidad de los párrafos 126 (pp. 184-186) y 144-153 (pp. 240-247) de las *Reflexões sôbre a vaidade dos homens*.

manos de Souza Nunes viene a tener también un tratamiento especial de acuerdo con determinadas circunstancias sociales del Brasil y tal vez personales del autor carioca. Desde luego, la marca de Feijoo se advierte por todo el discurso segundo de Nunes. Lugares comunes a ambos escritores son: que la nobleza de nuestros antepasados no vale en nosotros, si no la acompañamos con buenas obras (Feijoo, § 5; Nunes, 88); que cada uno debe ser estimado por sus acciones, y no por las de sus mayores (Feijoo, § 7; Nunes, 88, 89); que la virtud, según Aristóteles y los escolásticos, es la verdadera nobleza (Feijoo, § 6; Nunes, 88, 89); que ésta no se transmite con la sangre (Feijoo, §§ 3, 4; Nunes, 92). En algún caso hay idéntico procedimiento para demostrar la validez de los argumentos presentados. Así, Nunes, para ilustrar la afirmación de que no es el origen, sino las acciones, lo que diferencia a los hombres, haciendo a unos nobles y a otros viles, cita, como Feijoo, ejemplos de hermanos dispares en su índole (Feijoo, § 3: Germánico y Claudio; Nunes, 87: José y sus hermanos); y de nobles de origen vil, o viceversa, como Sócrates y Cicerón (Feijoo, § 2; Nunes, 88, 89).

Pero aquí, como en el caso de Matías Aires, hay un punto tratado más ligeramente por Feijoo (§ 5) y en el que Nunes concentra todo su interés: «a riqueza não confere nobreza aos homens». Feijoo se preguntaba, retóricamente, si no vendría la nobleza del dinero, pues solían ir juntos. Matías Aires lo afirma sin vacilación. A los dos se opone, con su habitual alarde de erudición, Souza Nunes. Contradice particularmente a Matías Aires, que había puesto más pasión y cuyas palabras se ven en las entrelíneas de la impugnación de Nunes.⁶⁴

Y con Nunes ocurre algo parecido a lo que vimos entre Aires y Feijoo. Por extremar sus argumentos contra la pretendida nobleza de sangre, vino prácticamente a negarla del todo. Cosa que no hizo Feijoo. Y Nunes, por defender su punto, viene a identificar la riqueza con lo vil, haciéndola así base imposible de cualquier honor (pp. 99-100): bajo es el origen del oro,⁶⁵ sacado de oscuras simas, y bajo su destino, pues de ordinario cae en manos de «a peor e a mais infima parte» de la humanidad, extremo

64. Aires había escrito que «uma pomposa, e dilatada riqueza o ilustrou» (o sangue nobre), § 133, p. 227; Nunes responde a esta «mal fundada opinião, que sustenta uma grande parte do mundo, de que só uma continuada riqueza é a melhor e mais illustre fidalguia e nobreza», p. 85.

65. El pasaje de Nunes, con cierta agudeza y dinamismo expresivo: «Em montes asperissimos, em escabrosos valles, em serras incultas, e em regiões remotissimas, nasce o ouro: o celebre Tifeu creado nas entranhas da terra, que nos desmaios da côr manifesta os damnos da culpa. Cria-se em obscuro berço... *Accommettido* porém dos homens, *maltratado do ferro*, *sossobrado das aguas*, e *consumido do fogo*, sahe a vingar no mundo todo as injurias, que recebeu na patria...», recuerda no sólo en imágenes y palabras, sino por la «compasión» hacia las cosas inanimadas, que salen animadas (Amédée Mas, *La caricature de la femme, du mariage et de l'amour dans l'œuvre de Quevedo*, Eds. Hispano-

del que se libró Feijoo con oportuna salvedad sobre lo respetable y benéfica que es la riqueza honesta (§ 8). Matías Aires, hijo de rico *mascate* o indiano ennoblecido por el dinero, destruye el ídolo peninsular de la nobleza tal vez por un quítame allá esa sangre brasileña. Souza Nunes, quizá pobre⁶⁶ y de poco lustre o muy decaído,⁶⁷ ataca la idea de nobleza por donde le duele, por el dinero, que para él, identificándolo con el mal, es veneno (p. 73), camino del infierno (p. 82) y fruto de injusticia (83). Dinero con el que suben aquellos *mascates* que (como el padre de Matías Aires) «se tem naturalizado» en el Brasil «para chegarem a ser o que não são, e tomarem a nobreza que não tem» (p. 145). La obra de Feijoo, siempre espada de dos filos, aquí cortando por el de un resentimiento colonial, vivo desde la época de Gregorio de Matos, y que en 1710, en la llamada guerra de los *mascates*, enfrentaría sangrientamente a la rancia nobleza pobre (*pérapado*) de Olinda y a los plebeyos, pero ricos comerciantes de Recife.

Americanas, París, 1957, p. 231), a este de Quevedo (*Providencia de Dios*, en *Obras Completas, Prosa*, Madrid, Aguilar, 1958, p. 1245 b, subrayo semejanzas): «Repasemos los martirios que de nuestra codicia padece el oro, que parece que *el color pálido le tiene del susto*, y no de la naturaleza. *Persigue el hierro*, rompiendo por las entrañas de su madre; sacándole de sus venas hecho polvo y despedazado, le amasan con azogue; *condenándolo al fuego*, el horno u crisol, derrítente en humor con el rigor plebeyo de solimán; viértente en rieles... alárganle en pasta, donde a fuerza de golpes se extiende en láminas...», etc. Aun, para su argumento sobre el vil origen y destino vil del oro, Nunes pudo haber tenido en cuenta las palabras finales de Quevedo en este pasaje, referentes al oro ya acuñado en moneda: «Su pasco es correr más aprisa donde la manda la usura, por donde la arrastra el logro, por donde le despeña el juego, por donde le hacen delincuente y facineroso los vicios...»

66. Su «tenue ordenado» como almojarife, «improporcionado ao immenso trabalho», era comentado por Siqueira e Sá en el prólogo a los *Júbilos da América*, p. [10].

67. En una de las cartas encomiásticas que preceden a los *Discursos Politico-Moraes*, el padre Antonio Lopes de Amorin alude a la «boa educação da sua casa, e nobre familia», refiriéndose a Souza Nunes. Es lástima que no dispongamos de más noticias biográficas sobre el autor. El tono del libro hace pensar en un segundón pobre y un tanto resentido.